

Javier Solana Madariaga

Nació en Madrid en 1942. Se licenció en **Físicas** en la Universidad Complutense en 1964, año en que se afilió al **PSOE**.

Entre 1965 y 1970 estudió en universidades de **EE.UU.** Al regresar a Madrid, se convirtió en **catedrático** de la Autónoma.

En 1977 fue elegido **diputado** y entre 1982 y 1995 fue **ministro** de Cultura, de Educación y de Asuntos Exteriores con González.

En 1995 fue elegido secretario general de la **OTAN** y en 1999 se convirtió en 'Mister **PESC**', 'ministro' de Exteriores de la UE

'MISTER PESC' EN CIFRAS

10
años al frente de la política exterior europea

2,6
millones de kilómetros recorridos en avión

3.560
horas pasadas en aviones

500
Sus misiones diplomáticas en el exterior superan el medio millar

Javier Solana abandona la primera línea de la política internacional tras quince años al servicio de la UE

Adiós a un europeo europeísta



SÉBASTIEN PIRLET / REUTERS / ARCHIVO

Javier Solana dejará de ser el alto representante para la Política Exterior y de Seguridad Común de la UE el 1 de diciembre

BEATRIZ NAVARRO
Bruselas. Corresponsal

El general Wesley Clark preguntó años atrás a Javier Solana por el secreto de su éxito. El entonces secretario general de la OTAN meditó unos instantes antes de contestarle. "No hacer enemigos. Y no preguntar nunca algo cuya respuesta desconoces o no te gusta", le reveló, según narra en un libro el ex comandante aliado.

El 1 de diciembre Javier Solana dejará de ser *Mister PESC*, o alto representante para la Política Exterior y de Seguridad Común de la UE. Habrá estado diez años en un cargo que obtuvo en 1999 con el apoyo de Francia, Alemania y el Reino Unido antes que de España, al término de un lustro al frente de la OTAN.

Para entender su larga trayectoria internacional y los logros recompensados en el 2007 con el prestigioso premio Carlomagno —uno de sus momentos más dulces, por el reconocimiento y estímulo que supuso— hay que añadir su total dedicación personal a la causa. "Trabajaba para Europa antes de nacer", ha dicho en alguna ocasión, pensando probablemente en su antepasado, el diplo-

mático Salvador de Madariaga.

Hay otra clave que ayuda a entender a este profundo europeo: su admiración hacia EE.UU., donde completó sus estudios de Física. Allí se inició el viaje ideológico del joven Solana que se manifestaba al son de "OTAN no, bases fuera" al político que años después acercó a España a una organización militar que acabó diri-

giendo y metiendo en su primera guerra, la de Kosovo. "No se trata de que haya menos EE.UU. en el mundo, sino de que haya más Europa", subraya con frecuencia.

Extrañamente, la campanada con la que expirará su cargo le pillarán en tierra. Su actividad diplomática ha sido frenética a lo largo y ancho del mundo. Ha recorrido al menos 2,6 millones de ki-

lómetros y realizado más de 500 misiones diplomáticas, según el recuento de su secretariado. Estos días se recuerda en Bruselas cómo la definición de su cargo como alto representante de Exteriores cabía en una línea en el tratado de Amsterdam y cómo ha crecido gracias a Solana, impulsor de una mayor presencia europea en los conflictos internacionales. Actualmente, la UE tiene en marcha más de veinte misiones en lugares y contextos tan distintos como Chad, Somalia o Bosnia.

Con el tiempo, Solana ha aplicado otra regla a su estilo político: dar menos abrazos, y dejar más espacio para que otros se apunten sus logros, negociados a menudo lejos de los focos. Aun así, la máxima de "no hacer enemigos" no siempre ha funcionado a nivel interno, y con el presidente francés Nicolas Sarkozy las relaciones no han sido buenas. A la alemana Angela Merkel, en cambio, la califica de amiga.

Cuando en el 2004 los líderes de la UE pactaron la Constitución europea, prometieron el nuevo cargo de ministro a Solana. Pero aquel intento fracasó, el texto se diluyó, los calendarios se dilataron... Y finalmente no será él quien disfrute de los frutos de su trabajo, reflejado en el

Devorar a los mejores

ANÁLISIS

Joaquín Luna



Javier Solana es un hombre de Estado sin Estado. O sin partido. He aquí uno de los dramas españoles: las estructuras de los partidos están castigando a las personalidades brillantes, inevitablemente dueñas de su pensamiento. Si la sociedad de la transición hizo posible figuras internacionales de la trayectoria de Samaranch o Solana, el panorama presente parece encaminado a lo con-

trario. La carrera internacional de Solana —indiscutible— concluye sin haber recibido en los últimos tramos el apoyo de su partido, el PSOE, como tampoco se lo dio el PP de Aznar a la hora de elegir al primer "ministro de Asuntos Exteriores" de Europa. Viendo dar vueltas por el mundo a Solana y a su equipo —tiene la mejor portavoz del país, Cristina Gallach—, uno se hacía una idea de lo que algún día significaría ser europeo: un humanista por encima de las patrias.

¿Lo perderá ahora España? Seguro. Y con alevosía.

aumento de responsabilidades, medios y dinero para el puesto.

El tratado de Lisboa integra el puesto de Solana en la Comisión Europea, lo que ha obligado a España a elegir entre él y el ya comisario Joaquín Almunia, una estrella ascendente en la UE y más cercano al actual PSOE. El Gobierno optó por lo segundo, con la fortuna de que el bilbaíno tendrá la mayor cuota de poder jamás lograda por un español en la Comisión. A Solana le sucederá la laborista británica Catherine Ashton, de quien ha dicho mucho con su silencio. En su defensa, cabe apuntar que no es Solana hombre que se conforme con poco...

Su peor momento como secretario general de la Alianza Atlántica fue la decisión de bombardear Kosovo para frenar al régimen de Slobodan Milosevic. El martes tendrá la satisfacción de que el último líder al que reciba en su despacho sea el presidente de Serbia, Boris Tadjic. En su etapa comunitaria su peor recuerdo es para la brecha surgida entre los países europeos y con EE.UU. por la guerra de Iraq. Solana fue prácticamente invisible durante esos meses: no había política común que representar y sus esfuerzos por la unidad no dieron resultados. "Fueron tiempos muy difíciles. Europa estaba muy dividida sobre la guerra, en el momento en que realizaba la mayor ola de ampliación de su historia", rememora Solana a *La Vanguardia*.

¿A qué se dedicará ahora? "Me gustaría seguir haciendo lo mismo, con los mismos objetivos pero bajando el ritmo. Seguiré trabajando", afirma. Sus colaboradores lo sitúan en el ámbito académ-

Durante su mandato ha sido un firme defensor de las relaciones entre la UE y EE.UU.

mico, aunque las empresas se lo rifan como asesor internacional.

"Tiene Europa grabada en la cabeza, la de hoy y la de dentro de cincuenta años", comentaba impresionado hace unos días un líder socialista madrileño de paso por Bruselas. ¿Cómo será el futuro? "Europa será un actor internacional relevante, seguro", dice, con la cautela de recordar que "es una ilusión pensar que un país puede afrontar por libre los retos globales de hoy". Se echará en falta a alguien que así lo sienta en un momento de falta de ambiciones europeístas como el actual. ●



MÁS INFORMACIÓN
EN LA WEB
www.lavanguardia.es